

IV. DISCUSIÓN

Los datos muestran que la percepción de la menarca, tanto para niñas como para niños, sigue siendo negativa. Esto apoya otras investigaciones (Luke, 1997; Forbes, et al, 2003; Lobel, et al, 2002, Golub, 1983). También muestran que hacer alusión a la menstruación es objeto de burla y las niñas se sienten humilladas. Estudios similares muestran que incluso algunas de ellas prefieren dejar de asistir al colegio para evitar ser víctimas de humillación (Rocha, 1999).

De acuerdo a esta investigación, la información que han recibido las niñas y los niños acerca de la menstruación, no es la más adecuada. Si bien es cierto que esta investigación está basada en una historia ficticia que los participantes contestaron y que no indica que sea lo que realmente han escuchado, si pone de manifiesto que lo que han contestado es lo más significativo, puesto que es lo que recordaron. En este caso, la información que han recibido acerca de la menarca, aunque es en su mayoría neutra, no deja de tener un gran parte que es negativa, y tristemente no hay connotación positiva salvo por una niña. Esto es grave si se considera que la primera experiencia es crucial para las siguientes menstruaciones (Feldman-Riordan, 1999) y si se toma en cuenta la influencia de las profecías autocumplidas (Smith, et al, 1998).

Ya se ha visto que en diversos experimentos que incluyen distintos contextos la influencia de las profecías autocumplidas. En un estudio reciente, se vio que cuando las creencias normativas son fuertes, es más predecible el cumplimiento de la profecía autocumplida (Sprott, Spangenberg y Fisher, 2003).

Nuevamente se ve la influencia de las creencias y la importancia de cuestionarlas. No es necesario ser explícito en cuanto a lo que se cree y se espera de una conducta para que haya una influencia. Aún no se sabe como es que sucede; sin embargo, es innegable la evidencia de que las creencias influyen en el comportamiento (Rosenthal, 2002).

El estudio muestra que para las niñas, las principales fuente de información son: la madre con un 60%, la hermana con un 20% y los libros con un 12%, mientras que para los niños, la principal fuente la constituye la maestra con un 31.9 % seguida de los libros con un 21% y la madre con un 19%.

Estos datos quizá expliquen el motivo de que los niños presenten en algunos rubros del estudio datos positivos ante los procesos femeninos. Se ha visto que por lo menos, en el libro de la SEP el tema es tratado con naturalidad, aunque no del todo tan abiertamente como se requeriría para tornarlo no solo neutro, sino positivo.

El cambio que se da entre rubros en las respuestas de los niños quizá se deba a la influencia de la madre, que se ha visto en diversos estudios, no siempre es la indicada para dar la información ya que no cuenta con la información adecuada y maneja el tema con sigilio por encontrarlo incómodo (Costos et al, 2003; McGrory, 1995).

Por otro lado, diversos estudios mencionan que los profesores no necesariamente están capacitados para hablar del tema, sobre todo si ellos mismos se sienten incómodos sobre dichos procesos (Beausang y Razor, 2000) o tienen ideas sexistas (Diorio y Munro, 2000). Sin embargo, habrá algunos que

lo vean como algo natural y permitan que esta visión influya en sus alumnos. Esto explicaría las respuestas positivas.

La información recibida por parte de la madre de la historia causó reacciones en los participantes. Aunque la mayoría tuvieron un sentimiento negativo, es curioso notar que en los niños hubo una diferencia estadísticamente significativa a favor del sentimiento de estar contento al escuchar sobre la menstruación. Quizá, para los niños, es una aventura el crecer y poder hacer otras cosas. De acuerdo a Diorio y Munro (2000), la información que reciben los niños acerca de los cambios que están por experimentar es “excitante” y les confiere poder. Quizá ellos reciben la información de manera tal que lo ven como algo más positivo, como expresaba un participante, *“con orgullo y emoción de ser grande”*,

En esta cultura, y en muchas otras (Hill, Holmbeck, Marlow, Green y Lynch, citados en Benjet y Hernandez-Guzman, 2001) los varones cuentan con libertades y se favorece la autonomía con el crecimiento, mientras que las niñas experimentan mayor control cuando alcanzan la pubertad y, sobre todo al momento de experimentar la menarca. Por otro lado, las niñas marcan una tendencia a sentirse raras con la información recibida. De hecho, es su cuerpo el que realmente va a cambiar. Dentro de los datos se observa que los niños perciben el cambio con un sentimiento de tristeza, más que otros sentimientos negativos. Esta tristeza se asociaba al hecho de las limitaciones que suponían tendría la niña del cuento, como el hecho de ya no poder jugar con sus amigos,

o tener que aprender ciertos quehaceres típicamente asociados con roles femeninos.

En cuanto al manejo de la información recibida hay negación de la menstruación por la mayoría de los participantes. Quizá esto se deba a la poca y mala información que reciben acerca de lo que es la menarca y al hecho de que no se habla de ella dentro del hogar como algo natural. Si la madre esconde el hecho de menstruar, es claro que los hijos no van a creerle que eso suceda, sobretodo si nunca se ha hecho mención del tema ni lo han visto, después de todo, ver sangre no pasaría desapercibido. Quizá también se deba a que rechazan el rol femenino y el sigilo que están percibiendo. Por otro lado, al no hablar del tema también aprenden que es un tema del cual no se habla, ya que tarde o temprano descubrirán que en realidad existe.

La expectativa que reportaron tanto niñas como niños (N=86) ante la supuesta experiencia de la menarca indica que esta sigue siendo un momento de crisis traumática para la mayoría. Hecho que corrobora estudios anteriores (Brooks-Gunn y Ruble, 1980; Costes et al, 2002). También se ha visto que las percepciones que tienen tanto hombres como mujeres acerca de la menstruación, está influenciada por la cultura en la que se encuentran (Johnson, 1987; Christensen y Oei, 1990, ambos estudios citados en McMaster y Kenna, 1997).

Posiblemente la falta de conocimiento y cercanía con el tema les sobrevenga como algo impactante ya que el conocimiento que presentaron como neutro dentro de la información recibida es ignorado y solo se reportaron 6

casos en total de aceptación natural de los hechos. Entre los niños, que ante el manejo de la información habían mostrado un 38% de sentimientos positivos, se vio un decremento en hasta el 10.2% en el apartado sobre la reacción ante la experiencia de la menarca. Los niños siguieron presentando una respuesta de tristeza sobre las otras emociones. Para las niñas fue claramente recibida como algo horrible, que causaría emociones complejas ya que incluían malestar, miedo, asco, tristeza y confusión todo junto y de golpe. ¿De dónde sacan las niñas esta información? Las niñas del estudio son premenarcas y los niños jamás tendrán la experiencia; sin embargo, ambos tienen expectativas de como reaccionaría una niña normal, como la del cuento, ante ver su propia sangre menstrual.

Las expectativas, de acuerdo a varios autores (Whitehead, Busch, Heller y Costa, 1986; Marván, Espinosa-Hernandez y Vacio, 2002; Golub, 1983) son influenciados por modelaje y la transmisión de información sea esta implícita o explícita. En el estudio realizado por Costos et al (2002) se encontró que las madres, aunque son las principales fuentes de información, no comparten su experiencia personal de la menarca, preservando así los tabúes de sigilio, sexualidad y religión o mandan mensajes en donde la menstruación se percibe como algo sucio y latoso a lo que hay que ponerle buena cara y no mencionar (Beausang, et al, 2000). Muchas madres se apoyan en la información que dan los folletos de productos menstruales, que a su vez se apoyan en los tabúes y la inseguridad propia de la edad para explotar las ventas.

Todo esto lleva a construir las creencias que perpetúan la negatividad que envuelve a la menstruación. Es decir, que estos niños, que no tienen ninguna experiencia al respecto suponen ya una serie de constructos negativos, que en el caso de las niñas, pueden llegar a concretarse por la influencia de las profecías autocumplidas ya que se ha visto que el papel que juegan los observadores influye en como los observados van a actuar además de que los efectos de dicha influencia son duraderos (Smith et al, 1998).

Dado que en diversos estudios se ha corroborado que las expectativas que tienen los hombres de la menstruación es aún más negativa que la que tienen incluso las mujeres (Parlee, 1974, citado en Brooks-Gunn y Ruble 1982), se vuelve inminente la necesidad de diálogo para quitarle fuerza a los tabúes que siguen manipulando la actuación y sentimiento de indignidad de las mujeres en la actualidad.

Se puede ver en el estudio que un poco más de la mitad de los participantes suponen que María sentiría vergüenza si su toalla cayera al suelo. Es decir, que la menstruación se percibe como vergonzosa. Es claro que el tabú del secreto así como el del silencio están vigentes. Las otras respuestas negativas hacen énfasis en el malestar que siente María por verse “descubierta” y la necesidad de pedir perdón por su “condición.”

¿Por qué sienten que tienen que pedir perdón por estar menstruando? Se pide perdón cuando se arrepiente alguien de haber incurrido en alguna falta. Las respuestas implican que la ley de Moisés sigue vigente y que las mujeres, en un sentido muy sutil, se sienten impuras e indignas de su condición de ser mujer.

Es un sentimiento que se filtra y que los medios favorecen y usan para vender sus productos ("Period Piece", 2003).

Es claro ver que los medios de publicidad se van directo a la inseguridad o incapacidad de esconder el hecho de estar menstruando. Su poder de venta destaca sus cualidades para esconder todo rastro, mantener el secreto y evitar el desastre de pasar una vergüenza.

En México se ha visto que la prevalencia de anuncios menstruales para adolescentes se enfoca al uso de toallas sanitarias, ya que el uso de tampones amenaza el tabú de la virginidad, dado que puede romper el hímen (Gravelle, K. y Gravelle, J.,1999). La estrategia de venta se basa en ofrecer "libertad de acción", combatir la "crisis higiénica", mantener la conducta sigilosa y prevenir o tratar síntomas inevitables. Es interesante notar que las jóvenes proyectan frescura, jovialidad y tranquilidad.

Otra investigación, realizada en México, mostró que los anuncios sobre productos menstruales presentan la menstruación como algo desagradable y penoso. De igual manera asumen que ciertos síntomas son si no inevitables, son probables, lo que afecta la expectativa de las jóvenes premenarcas. La misma información afecta de manera negativa las creencias de los varones en general. También se presentan los productos como los medios para proporcionar "seguridad, comodidad, confianza y tranquilidad" y si no se usan, puede haber una tragedia (Muñoz, 2002).

Si se toma en cuenta que las creencias son constructos hipotéticos que se traducen en acciones, es claro ver la importancia de cuestionar las creencias

vigentes acerca de los procesos femeninos y sus implicaciones y empezar a cambiarlas. Es de vital importancia para las mujeres y para la sociedad en general que se revisen las creencias. Si las mujeres confirieran una connotación positiva a la menstruación, cada mes, en lugar de sentir que son víctimas del destino, que tienen que “soportar la sangre” como mencionó un participante y tienen el peligro constante de pasar una vergüenza o de ser humilladas, podrían sentirse orgullosas de ser portadoras de vida y de mostrar que están sanas.

Hay que crear un nuevo mito, entendiendo este como un medio para entender una realidad más profunda que la que puede explicarse con un discurso lógico (Campbell, 1999), en donde se reconozcan los atributos de la sangre menstrual.

La sangre se ha reconocido como principio vital; como alma; como fuerza; como fuerza rejuvenecedora; como fertilidad; es a partir de ella donde se infiere el sacrificio de la sangre. La sangre representa la roja energía del sol. En el simbolismo cristiano, la sangre y el vino son intercambiables, por eso se bebe la sangre de Cristo. También, el agua y la sangre son la vida del espíritu y la vida del cuerpo. El color púrpura de Tiro, “la más alta gloria”, era el color de la sangre coagulada; en la Iliada, Homero se refiere a la sangre de color púrpura” (Cooper, 2000). El color púrpura simboliza la realeza y el poder imperial y sacerdotal; la verdad; la justicia. El beber sangre significaba absorber el poder del enemigo y hacerlo inofensivo después de la muerte.

Sangre viva equivale a vida. Sangre ofrecida equivale a ofrenda, a sacrificio. Que privilegio poder ser portadoras de una sangre de ofrenda sin necesidad de matar.

La menstruación se podría ver como símbolo de sacrificio, es decir, de sacro oficio. Toda creación implica un sacrificio; es el ciclo muerte-vida, nacimiento y renacimiento.

El sacrificio consistía en una ofrenda de sangre a los dioses. ¿Por qué no ver la menstruación como una oportunidad de ofrendar sin necesidad de muerte? ¿No es acaso la comunión cristiana un símbolo de la muerte de Cristo? En dónde se bebe simbólicamente su sangre y se come su cuerpo (Campbell,1992; Jodorowsky, 1998). ¿Qué pasaría si en lugar de ver la sangre como un desecho que no hay que dejar ver, se le considera una ofrenda para ser ofrecida? La sangre menstrual es sangre arterial, es decir, sangre limpia. ¿Cómo es que se considera impura?

Es curioso ver que la sangre menstrual sea denigrada hasta compararse con el excremento y la orina como se ve en los anuncios de toallas femeninas y pañales, en dónde ninguno utiliza los colores propios de lo que suponen están absorbiendo. Ambos productos utilizan el color azul. Es considerado impropio hacer alusión a la sangre menstrual usando el color rojo. Aún en los anuncios en que se atreven a poner el color rojo, lo hacen bajo un juego de palabras, y hacen referencia a que el periodo, con el uso de determinada toalla no aparecerá en “otro” mal lugar. ¿A que se refieren con mal lugar? El tener la menstruación en medio de las vacaciones lo presentan como algo tedioso, peor aún si aparece la

evidencia en la ropa (Garfield, 2000). Con este tipo de información, aunque por primera vez aceptan el color, inciden en mostrar un proceso que es natural y además significa salud, como algo que sería mejor no tener.

Sin embargo, ver sangre por asesinato, accidente o cualquier otra cosa está bien visto. Es ridículo y esto es lo que tiene que ser cuestionado. No pueden ni deben seguir viviendo así las mujeres y las nuevas generaciones de mujeres con ideas absurdas que denigran las funciones femeninas y que se utilizan para controlar el poder patriarcal negando a la mujer la entrada digna en el mundo por considerarla víctima de la naturaleza.

Por otro lado habría que mencionar que el esperma de los hombres también se consideraba sucio e impuro y que los hombres tenían que limpiarse y todo lo que tocaran tenía que ser lavado y purificado. Se deben poner las creencias al desnudo para que los jóvenes se cuestionen. La religión judeo cristiana es obviamente una religión misógena que permea nuestra cultura. Hay que mostrar esto de manera que se cambie a un sistema de solidaridad e igualdad entre sexos, en dónde se respete a la mujer y se le den los mismos derechos que tiene el hombre; un sistema que no culpe a la naturaleza femenina por la supuesta desventaja que, según los hombres, le confiere la menstruación a la mujer ("Period Piece", 2003).

Volviendo a los datos, el estudio corrobora lo encontrado por Marván, Vacio y Espinoza-Hernández (2001) de que las niñas premenarcas están conscientes de los síntomas negativos esperados ante la menarca y menstruación.

A pesar de que un poco más de la mitad de los participantes (58%), respondieron con información explícita ante la figura paterna, un 24% de los participantes prefirió la información no explícita, y el resto la evadió. Es posible que el tabú del silencio esté presente así como el temor a las represalias. Una de las participantes respondió que el padre se enojó mucho y gritó cuando supo que la niña del cuento había comenzado su menarca. De ahí que sea tan importante hablar de estos temas con niñas y niños, para que poco a poco cambien sus creencias.

Es importante notar que la presencia de hombres en los anuncios sobre productos menstruales es prácticamente nula; es decir que tampoco hay un modelaje positivo en los medios que ayude a romper el tabú (Heavens y Swenson, 1988). Hay una creencia falsa de que la menstruación no debería de discutirse con los niños, los padres o el público (Williams, citado en Golub, 1983); sin embargo, si se quiere trabajar para reducir el tabú y las actitudes negativas, se tiene que empezar ya.

Es necesario abrir estos temas y darles retroalimentación, ya que se ha visto que cuando esto sucede, es posible que se modifiquen las conductas que tienen que ver con actitudes que, una vez analizadas, resultan incompatibles con la lógica (Wyer, 2000). Además de romper el tabú del silencio hay que cuestionar por que se debe esconder todo rastro de la menstruación. Como afirma Kissling (1999), se habla de la menstruación aparentemente rompiendo el tabú del silencio, para enfocarse en como esconder la realidad de la menstruación. Así, se niega el tabú y se mantiene implícitamente.

¿Por qué habría de evadir la madre el tema de la menstruación ante su pareja? Es un tema íntimo, y la pareja se supone comparte la intimidad. Sin embargo, la menstruación se considera horrible, da miedo y es sucia.

La respuesta que creen las niñas que tomará el padre es la de evasión, seguida de otras respuestas negativas. Es decir, para las niñas, son pocos los padres que tendrán una actitud positiva ante sus procesos de desarrollo, sobre todo en el caso de convertirse en mujer. Otro estudio indica que la actitud de las personas relevantes del sexo opuesto a las niñas ante la menarca influye de manera determinante en cómo éstas van a asumir su femineidad y sus procesos de cambio (Feldman-Riordan, 1999).

Algunos estudios sugieren que las mujeres son víctimas de hostilidad por el hecho de menstruar y que son marginadas sutilmente (Forbes et al, 2003).

Finalmente cabe mencionar que este fue un estudio cualitativo y como tal tuvo limitaciones, como no poder obtener diferencias significativas en los grupos ya que al encontrar categorías, el número de la muestra se reducía y no se podía realizar la estadística correspondiente. Sin embargo, la ventaja de este tipo de estudios permite obtener información más exacta de lo que realmente piensan los sujetos. Se sugiere un estudio aún más ambicioso en dónde se preguntara cómo han aprendido estas creencias y actitudes negativas de manera directa a través de entrevistas abiertas con cada uno de los participantes. El inconveniente de dichas entrevistas es que se ha visto que a los participantes les da pena hablar de estos temas (Mc Grory, 1995) por todo lo anterior que ya se ha explicado, y suelen no querer contestar. Es por eso que

para este estudio se utilizó el formato de cuento con espacios en blanco, permitiendo a los participantes contestar de manera proyectiva parte de sus ideas, sin que se sintieran intimidados.

Queda mucho por hacer en cuanto a educación para padres, maestros y jóvenes; en cuanto a lo que significa la menstruación, la femineidad y los procesos femeninos y sus consecuencias para el futuro de la humanidad.